

arte actualidad

LAS JÁCARAS A LO DIVINO Y AL MITO

El artista barcelonés ha hecho de la moreneta y copito de nieve los símbolos de su ciudad, y los ha traído a la compostelana galería Trinta en versión diminuta, retratados en postales que los viajeros traen de la ciudad condal, u otro tipo de suvenires, como copitos alados que han pasado ya a mejor vida en porcelana de Limoges, en goma tocando las maracas, en película o enmarcados. Y por no variar, con Pazos llegó la polémica. "Barcelona Black and White" lo dice todo; lo complejo de la integración blanco y negro, lo exótico en el hallazgo y encuentro entre una virgen negra y un gorila albino. La apuesta lleva inexorablemente al tema de la identidad, de la incompreensión, o del odio de índole religioso, político o racial. Del encuentro de ambos surgiría el mestizaje, un tema que mueve muchas conciencias. La obra, se mire como se mire, es tremendamente provocadora.

Nada fortuitas ni oníricas son también el resto de las piezas que acostumbra a presentar a las retinas de sus seguidores, y si muy autobiográficas y sentimentales. Así lo aseguran títulos ya conocidos como "Ya nada es como antes" o "se te va a caer el pelo". Se trata de emparejamientos de objetos incongruentes, que pueden parecer gratuitos y extravagantes pero que casi son ideogramas para hablar de la sexualidad, como en el cuadro donde vemos una lámpara fállica o las cerámicas eróticas casi vaginales. Y para hablar de grandes correrías, las representa en copas de coñac llenas con pañuelos de bolsillo del artista.

Los muñecos de plástico del planeta Disneylandia, como Mickey Mouse, o los avioncitos de juguetes o fichas de dominó; las pistolas de plástico y tantos y tantos cachivaches u objetos que recuerdan a los almacenados en un baúl de los recuerdos, siempre aluden, y lo hacen concienzudamente, al poder evocador de una añorada infancia a la que se resiste a abandonar y que reinventa en cada una de sus piezas.

Son objetos que en principio invitan a la sonrisa y a la diversión por su poder evocador de cualquier infancia preterita, pero que en un segundo grado de visión pueden dañar la sensibilidad humana. Así, el Sagrado Corazón suele lucir herido o asaeteado, aludiendo a desengaños amorosos personales. Botellas de agua Evian, tal como auténticas lágrimas de dolor, o llantos de cocodrilo

CARLOS PAZOS

Miles de personas se consideran el epicentro del mundo. Después, en algún momento de sus vidas, se llevan un tremendo batacazo cuando descubren lo poca cosa que son. Generalmente, cuando uno se considera nada y encima se define como ignorante es probable que tenga cualidades más que sobradas. Carlos Pazos afirma que ni siquiera se ve como artista, pero la concesión del Premio Nacional de Artes Plásticas 2004 así lo acredita. Y su extraordinaria y fecunda trayectoria en este campo de las artes le legitima como tal, aunque sea de todo menos ortodoxo

Texto: **Fátima Otero**

en pieles disecadas del animal, son algunos de los muchos exvotos con los que el artista parece exorcizar de alguna manera parte de sufrimientos vividos. También crea muñecas con prótesis o que destilan abusos; son otros tantos objetos usados cargados de sentimientos. Por encima de todos ellos, la verdad, el drama terrible de la vida humana metaforizado en la fascinación por el fracaso o la torpeza con el alter ego del artista se metamorfosea en icono de elefante. Imágenes nemotécnicas para desvelar

■ **SURGEN EN SU OBRA VITRINAS PARA PRESERVAR LO AMPULOSO Y EXTRAVAGANTE PERO TAMBIÉN LO IRREVERENTE**

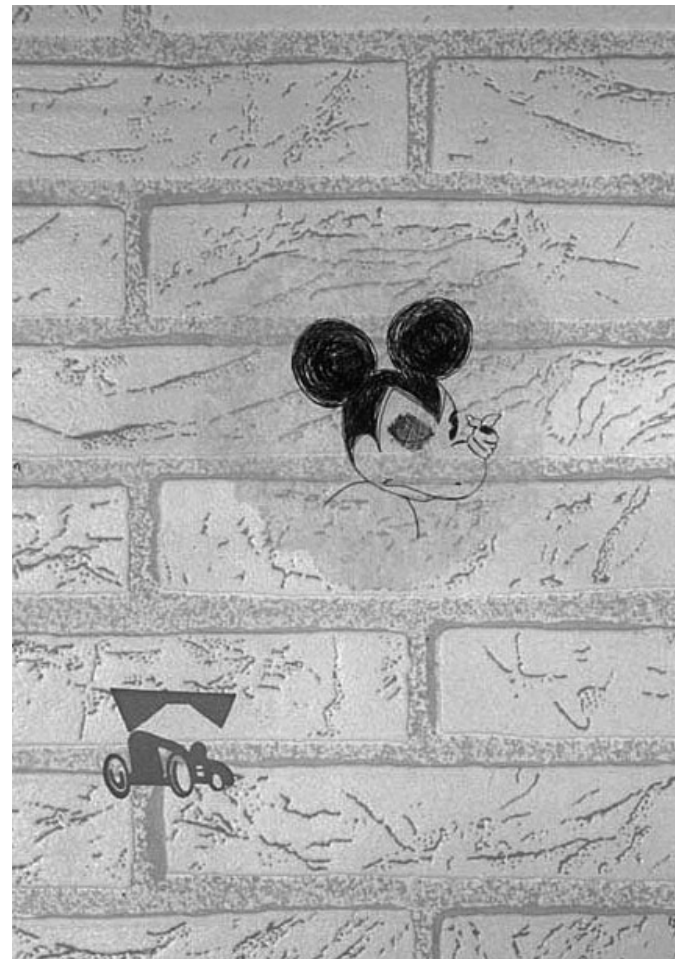
y comunicar el papel social y comunicador que Carlos Pazos otorga al Arte.

Surgen en su obra vitrinas para preservar lo ampuloso y extravagante pero también lo incongruente e irreverente. Nos referimos a la licencia de la virgen sustituyendo al niño por un gorila en la iconografía mariana. Asistimos a un montaje que desparrama exceso frente a cualquier parquedad. La rocalla exquisitamente elaborada de un espejo (no olvidemos que es atributo de lo divino) y cierto espíritu daliniano no son ajenos al artista. Carlos Pazos es todo menos vulgar, por eso la agudeza en ingeniar

sus piezas se convierte en algo muchísimo más serio que un simple pasatiempo. Se aproxima a Gracián en el sentido de concebir la agudeza como la sublimación del deseo profundo de no ser vulgar.

El colaje y el assemblage son las herramientas de las que se sirve Pazos para desmontar los miles de objetos que colecciona y posteriormente encolarlos con fines totalmente inútiles, es decir con objeto exclusivamente artístico. Y esos objetos pueden ser de antiguo uso cotidiano, como los viejos cromos; de desperdicio, como artefactos que fueron desechados por inútiles, e incluso con objetos naturales como sus muy manipuladas liebres disecadas, los nutritivos huevos, o las alas de mariposa.

Pazos es un artista atípico desde sus comienzos, pero que hoy triunfa en las instituciones (hace escasos meses el Reina Sofía le dedicaba una retrospectiva) por resistir en su pertinaz empeño de insistir en su vocación de ambientación rara e inquietante. Diseñador de vestuarios y escenografías extravagantes, organizador de bailes de estética retro, actor de escenificaciones oníricas y de muchos otros trabajos resueltos en el ámbito de la acción y la performance. Fueron muy conocidas sus antiguas series "Voy a hacer de mí una estrella", figurando su vanidad encumbrada tal cual artista hollywoodiense impregnado de todo el glamur posible.



La obra de Pazos hace referencia constante a la infancia



Verano mediterráneo (1999)

Lejos de clasificarlo por el que se denomina un paseante de la vida, ¡Ay del día que no quiso llegar a su destino y en su lugar metió a un farsante!, nos encontramos ante un personaje glamuroso, que ha bebido del manantial dorado de la eterna juventud, por supuesto en elegante copa. Aunque se han querido ver en sus polifacéticas facetas referentes conceptuales y al Pop, su admiración por Wharhol o el mito Elvis o a la estética camp, creemos que ante la decadencia o el sabor

amargo del fracaso y frente a la tristeza diaria, Carlos Pazos enarbola el tono irónico e intenta evitar el desastre a través de cierto ocultismo.

Este autor, típicamente surrealista, crea un cierto ilusionismo de lo fantástico y fantasmagóricamente barroco para ocultar a sí mismo un vacío propio que se llena con su ilimitada fantasía. Y si esto no funciona, se inyecta unas dosis de vanidad que, por cierto, no deja de ser una alegoría barroca y de vez en cuando conveniente.